ARCHIVO
HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO APÓSTOL
Castilleja de la Cuesta

XI PREGÓN DE LA SEMANA SANTA

N. H. D. JOSÉ LUIS ALCÁNTARA ROJAS

AÑO
1999

EXALTACIÓN DE LA SEMANA SANTA

(Hermandad de Santiago Apóstol y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad)

Por J.L. Alcántara Rojas

Castilleja de la Cuesta, 11 de marzo de 1.999

PEPE ALCANTARA

Tuve el honor, hace algunos años, de ser pregonero en este hermoso pueblo de Castilleja de la Cuesta . No de la Semana Santa, que sí de los Carnavales. Y me cabe hoy el repetido honor de ser presentador de su pregonero sagrado.

Cuando Pepe Alcántara se dirigió a mí en solicitud de esta mínima, modestísima presentación, pensaba él que me estaba pidiendo un favor. No sabía que me lo estaba haciendo. Porque para mí, estar hoy aquí pronunciando estas palabras, supone un legítimo orgullo.

Es tópica costumbre, cuando a alguien se presenta en un acto, empezar aclarando que ese alguien no necesita presentación. Lo cual no es cierto en absoluto. Jesús, Hijo de Dios, era Dios. Y Pilatos lo presentó al pueblo.

Si yo les digo a ustedes que el ilustre pregonero, que de seguro nos va a poner los vellos de punta, es sobrino nieto de Pastora Imperio, no tendrán mas remedio que admitirlo, Porque yo padezco el vicio

incurable de decir siempre verdad. Y bien pudiera ser ese embrujo genético que burbujea en la sangre de Pepe, una de las razones para explicar su arte, por mas que el arte sea inexplicable. Porque Pepe Alcántara es un artista. Artista nacido, no hecho. Que sabido es que el artista nace, no se hace.

Yo, que cuando gasto palabras, soy de natural ahorrativo, me voy a ahorrrar la casi obligada y siempre premiosa letanía de méritos de la persona presentada. No voy a hacer referencia alguna a sus continuados éxitos y reconocimientos a lo largo de una ejemplar carrera médica, en la que deja testimonio cotidiano de que, en manos de un artista, un bisturí puede servir para dos cosas: para remediar una enfermedad, y para hacer encajes de bolillos. Ni voy a hacer referencia alguna a su dilatada y brillante ejecutoria como escritor, articulista, radiofonista, conferenciante, pregonero. y ejercitante de otros quehaceres en que es el verbo la materia prima, el verbo que Pepe domina, el verbo que es el fundamento del Universo. "Al principio era el Verbo, y el Verbo era Dios", dice San Juan. Pero de nada de esto voy a hacer referencia alguna. Solamente he de hacer conmovido hincapié en la sencilla humanidad de Pepe, en la tremenda humanidad de un hombre demasiadamente humano. Que hoy es objeto de un milagro, por obra y gracia compartidas del Cristo de los Remedios y de la Virgen de la Soledad. Hoy "Alcántara" se convierte en "El cántaro". En el cántaro de aguita clara que ha de refrescar su garganta costalera. Porque hoy Pepe es costalero de sí mismo, costalero de su propio pregón, dispuesto ya a recorrer el

camino de nuestra atención, a doblar las esquinas de nuestros asombros. Hoy Pepe va a mecer dulcemente el paso de su palabra iluminada, de costero a costero, frase a frase, poquito a poco, en una única y acompasada chicotá. Y he tenido yo la irrepetible suerte de ser el capataz de su levantá. Pepe. Que voy a llamar. Tú tó por igual, valiente. ¡A esta es!

* * *

Al Maestro Alcántara, con el profundo cariño de su cirineo.



Antonio Carmona

✝

Excelentísima Señora Alcaldesa. Dignísimo Hermano Mayor. Junta de Gobierno de la Hermandad. Señoras y Señores:

Antes que nada, agradecer a mi buen amigo José Antonio Garmendia la deferencia que ha tenido en acompañarme en este difícil trance, a la par que haber hecho mi presentación. Has conseguido lo más difícil, como es exaltar las modestas dotes de este pregonero, rodeándolas con cariño y galanura para que resulten más altas que sus merecimientos. Gracias de corazón, Antonio. Y que Dios te lo pague con larga y buena vida y con fecundidad literaria.

Permitidme que inicie, a la manera de los peregrinos, este caminar pregonero ofreciéndole mis palabras al apóstol Santiago, titular de esta hermandad, como una humilde ofrenda en este último año jubilar de siglo y de milenio. A este Santo y Patrón de España le pido ilumine esta andadura, a fin de que sirva para expresaros los sentimientos que embargan a mi alma al tratar la Semana Santa tal como es sentida y vivida por los hombres y mujeres de esta ejemplar Hermandad y Cofradía.

También quiero añadir un sentido recuerdo a mi predecesor en la anterior Exaltación, el gran locutor Manolo Bará, que de seguro hoy estará desde el cielo, muy pendiente de lo que aquí digamos. Así se lo pido a nuestro Padre Jesús de los Remedios y su augusta madre Nuestra Señora de la Soledad, de quienes tan bellamente os habló el pasado año y a él dedico este prólogo.

Yo quisiera ser el cincel para abrir una ventana
Donde podáis asomar, amigos, vuestra mirada;
y, en una abstracción sutil, volar cual paloma blanca,
y contemplar procesiones de ciriales y de palmas.

Quisiera ser mensajero, con frases entrecortadas,
hechas de velas de cera y con varales de plata,
de este pueblo nazareno, que traza con sus sandalias,
primavera a primavera, un sendero de esperanzas.

Quisiera poder hablaros, a Castilleja y su Plaza,
de recónditos paisajes, oraciones y nostalgias.
¡Yo quisiera dibujaros, con un pincel de palabras,
que me dice Castilleja cuando me paro a escucharla!

Quien hoy lo hace no tuvo el privilegio de haber nacido en este pueblo, pero ya más de la mitad de mi existencia discurre en él, y a él me siento ligado por lazos irrenunciables para siempre. Por no haber nacido aquí, no obstante, os pido la benevolencia de que me permitáis que comience dedicándole unas cortas palabras sobre mi cuna. Creo que sería de muy mal nacido el no esbozaros, al menos, unos breves retazos de mi origen sevillano y de aquella primigenia luz de la ciudad que posteriormente, y en estas alturas, descubrí aún más brillante y diáfana, tal como luce en este Aljarafe risueño.

Nací en un barrio obrero y humilde, que se encuentra situado a la misma sombra de la Giralda, cercano a la llamada Puerta de Jerez. Se llama La Casa de la Moneda porque durante mucho tiempo en sus dependencias se acuñaron éstas, fabricadas con el reluciente oro de las Indias.

En ese barrio hay una calle central que era obligado paso para los trabajadores del muelle, esforzados hombres que en Semana Santa se convertían en los afamados costaleros, transmutando su fuerza muscular en puro arte debajo de las trabajaderas. Allí también vivían, y a ellos los conocí, capataces legendarios de las cofradías sevillanas. Hablo de los Borrero (Alfonso y Jeromo), y de todos los hermanos Rechi. Nombres muchos que han escrito páginas gloriosas en el saber hacer andar a los pasos.

Mis primeros balbuceos de cristiano discurren también siempre a la misma sombra de la alta torre: me bautizaron en el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral. Y recibí mi primera comunión en la iglesia de San Jorge, barroca obra adjunta al palacio que un arrepentido pecador, ya camino de la santidad, don Miguel de Mañara, convirtiera en esa institución donde sus hermanitas cuidan y quieren a sus ancianos enfermos. Allí, como un San Francisco de Asís sevillano, dejó instalada en su fachada una pileta, siempre llena de agua, para que en ella sacien su sed los animales callejeros de la ciudad.

Y muy cerca de mi barrio, en el llamado Postigo del Aceite, puerta por donde entraba ese oro verde de los aceites aljarafeños, hay una capilla pequeñita, minúscula, pero que es considerada por muchos como "la catedral más pequeña del mundo". Dentro se venera –y aquí mi primer contacto quizás con la soledad– una querida Virgen a la que Sevilla llama con orgullo "la Pura y Limpia". Alumbrada tan sólo por una breve lamparilla de ese aceite, allí parecía esperarme cuando por

las mañanas me dirigía a una pequeña "miga", donde inicié mis estudios. ¡Qué sola, me decía muchas veces, al santiguarme a mi paso por delante de Ella!

Sirvan estos recuerdos desde ese punto alfa de mi sentir cristiano para iniciar una ascensión espiritual, siempre con el norte de Castilleja señalado al fondo, repasando las advocaciones que encontramos en ese caminar. En el barrio del Baratillo, mestizo entre Triana y Sevilla, tenemos que pararnos ante Piedad y Caridad. En su capilla, al lado del coso maestrante, estas dos vírgenes, ¡que tantos capotes han lanzado desde el cielo para salvar a los toreros, entre ellos a más de uno famoso de aquí de Castilleja!

El capataz de la cuadrilla de la Virgen de la Caridad es ya, desde hace muchos años, un entrañable amigo de mi infancia y primo hermano de otro vecino de La Casa de la Moneda, muy vinculado con esta hermandad placeña. Hablamos de Paco Palacios, "el Pali" que, con su corazón enamorado de ésta, pasó su nombre a la historia de las sevillanas con aquellas inolvidables letras: "Viva mi plaza bonita, que viva este pueblo mío", añadiendo estas estrofas, tras de haber escuchado las saetas de aquí: "Desde un balcón del cielo / se oyen saetas / del "Charlilla" y la madre de Luis Cabrera", para acabar, ensimismado con la plaza de Santiago: "El color de la plaza es colorao / bendito sea el color / que Dios le ha dao".

El rumbo de las vidas hizo que una mañana me tocase a mí buscar una bandera de España para el cuerpo roto de Paco, que había fallecido en el hospital Virgen Macarena, donde trabajo. Se fue al cielo, sin escuchar las campanas de la Giralda; pero seguramente en su alma llevaba las de la iglesia donde veneramos a la Virgen de la Soledad y a Nuestro Padre Jesús de los Remedios, que sonaban a gloria cuando pasaba la hermandad del Rocío de Triana, de la que El Pali también era ferviente devoto.

Pero hemos de seguir nuestra particular peregrinación rumbo a Castilleja, pasando por Triana. Triana, barrio de encuentro entre nuestras gentes, entrañable uncimiento de saberes y quereres con Castilleja. ¡Ay, cómo le late el corazón a los trianeros cuando piensan en nuestro pueblo, y cómo nuestras gentes cantan a su Simpecado en el andar rociero! En esa orilla derecha del padre Guadalquivir dejamos a la Esperanza marinera y a su hijo, en el momento más sublime de los bronces gitanos de su Expiración, para atravesar la Vega y encaminarnos por la Cuesta del Caracol, hija de la antigua Trocha, por donde circularan las diligencias y los transportes del Aljarafe a la ciudad, entre los productos maravillosos de esta Huerta de Hércules. Postrémosnos, al pasar por aquel antiguo morabito o rábhita hecho en el siglo XIII, ante la dulce Virgen de Guía, que allí apareciera rodeada

de un celeste resplandor milagroso para ser la patrona de Castilleja y que, desde allí, vela y guía el camino hacia nuestro pueblo.

Y, ya estamos en Castilleja de la Cuesta. Cercana, si no la misma mítica ciudad de Osset romana, la que acuñara moneda propia en la que se señalaba con arte las vendimias de sus campos. Castilleja, la Castalla Talaçana musulmana, que con sus alquerías formaba parte, como una perla más, de ese collar que el Aljarafe se le parecía al poeta moro, "con su casa encaladas y limpias entre un cielo de olivos". Castilleja, que después del repartimiento de las tierras tras la Reconquista cristiana, en la que tanto tuvo que ver la advocación patronal del apóstol Santiago, fue repoblada por los caballeros de dicha Orden, naciendo el germen y núcleo fundamental de este pueblo centenario.

Sin que entonces pensara en que un día me aposentaría en Castilleja, siempre tuve un presentimiento mágico y mítico de cómo sería este pueblo. Y esos dos adjetivos provienen de que su nombre sonó en mis oídos ya a temprana edad, aureolado en viejas leyendas.

Diez años contaba yo cuando resonó por Sevilla, corriéndose la noticia como la pólvora, que en El Carambolo, cercano a la villa de Castilleja y, al realizar unas obras para el Tiro de Pichón, se había descubierto un fabuloso tesoro. Sobre este suceso se escribieron ríos de tinta y se acuñó la leyenda de Argantonio, rey de los tartesos y de su hijo y heredero Terión. Según esa leyenda, Terión depositó en ese lugar, en el templo allí edificado en honor de la diosa Astarté, reina del amor y de los astros, las joyas de su corona antes de disponerse a ganarle a los fenicios la batalla por Sevilla. Terión conquistó la ciudad, pero le costó la vida y allí quedarían abandonadas las bellas piezas preciadas.

Otra leyenda, en relación con Castilleja, nacía en la misma Torre del Oro, cercana a mi cuna, y versaba sobre el Conquistador Hernán Cortés. Cortés recibiría –antes de embarcarse para su "sueño americano"– una profecía de una gitana que le leyó la palma de la mano. Señalando a las casas de Castilleja de la Cuesta, y en forma de un prodigio, vio el guerrero su muerte anunciada, después de días de gloria. Y leemos de un viejo libro: "Muy enfermo, cuando a Cortés se le ha roto el velo cabrilleante –pero falso– de su confianza en la vida, ha llamado al humilde sacerdote, que nunca auxilió en trance de muerte sino a modestos aldeanos y gente pobre, y, ahora, está frente al español más egregio del siglo. Muere Cortés el 2 de diciembre de 1547. Es día pues de invierno, pero del dulcísimo invierno andaluz, y hay flores en las ventanas de la casa del magistrado Juan Rodríguez... La esquila de la iglesia, que llaman de Santiago, tañe y tañe, dolorosa. El

acólito que mueve la cuerda, no da paz a su mano. Lo mismo hubiera hecho por el último y pobre labriego del lugar".

Y era, en mis recuerdos infantiles, el contacto con el pueblo de Castilleja en el aspecto físico, un lugar al que veníamos mi padre y yo de vez en cuando a comprar las famosas tortas de aceite para su jefe, un acaudalado marqués, al que gustaba ofrecer a sus anfitriones estas elaboraciones artesanales hechas con los nobles productos de estas tierras: aceite, harina y ajonjolí.

De esa mezcla, gloriosa para el olfato y el paladar, y de la belleza de las mujeres que las elaboraban en unos enormes talleres, acuden a mi mente unos bellísimos recuerdos. Y, ¡hasta hoy en día, cuando acudo, de madrugada casi, a mi trabajo, sigue oliendo el pueblo a esas esencias intangibles, mezcladas con el aroma de la madera quemada de sus hornos! A Dios le pido que jamás deje de existir ese aroma castillejano, signo inequívoco de alegrías y trabajos consolidados.

¿Todo este arsenal de atisbos eran premoniciones de que un día venturoso, hace ya más de 27 años, nos vendríamos a vivir aquí? No lo sé, aunque se dice que el destino está ya escrito de antemano; pero sea dicho en verdad que aquí, en este nido de águilas que es puerta de entrada a las dobladas tierras aljarafeñas, comencé a rellenar los renglones más felices de mi vida.

Y descubrimos en este pueblo, la cordialidad y la gratitud, derramadas a raudales por sus vecinos. Virtudes estas que ya habían desaparecido hace mucho tiempo en la jungla del asfalto en que había devenido mi ciudad. (Esta paz y esta felicidad tienen mucho que ver con la manera de sentir de sus gentes que, como todas aquellas que viven en sitios altos, más cercanos al cielo, están más aliviadas de sobresaltos y pesadumbres que aquellas que lo hacen en las planicies).

Y, desde lo más hondo de mi corazón, he de confesaros que todas esas cualidades las hallé, elevadas a la potencia de tenerlas como una honra, en las gentes de la plaza de Santiago, raíz y eje de la maduración histórica de la villa. Casta, clase y señorío no son más que la amalgama de hondas ejercitaciones de esos dones, a través de lustros y siglos. Lo bueno se hereda con connotaciones especiales y así, a raíz del bautizo de mi hija con las aguas redentoras de la parroquia de Santiago, yo me sentí también regenerado, convirtiéndome en un hombre nuevo, distinto y, desde entonces, entroncado espiritualmente con esas gentes maravillosas.

Y aprendí que se es de la plaza y no contra nadie, que se admira y quiere hasta la unción y la veneración a lo que se siente como necesario y unificador, como algo intrínseco a una manera peculiar de ver las cosas. Y les puedo poner un ejemplo, para al menos tratar de explicar lo que he entendido del alma de los placeños; hace unos días,

una señora, a la que visitamos en requerimiento de su asesoramiento para esta exaltación, nos contaba una vivencia entrañable: la pasada semana santa hubo de ser ingresada en un hospital sevillano, donde le amputaron la única pierna que conservaba. Esta mujer confesaba que el día sagrado del viernes santo placeño, a pesar de calmantes e hipnóticos, no pudo dormir; y siguió todo el recorrido procesional de su Virgen de la Soledad. Y no descansó hasta que supo que Ella había sido recogida después de su triunfal itinerario. ¡Sin piernas y en la distancia su corazón estuvo acompañando a la Virgen de sus amores!

Se dice insistentemente en los tratados que nuestro pueblo es la auténtica atalaya aljarafeña sobre Sevilla; es decir, esa eminencia o altura desde donde se descubre mucho espacio de tierra; pero que –en otra acepción de la palabra– es un estado o posición desde la que se aprecia bien una verdad. Otea así Castilleja la planicie sevillana, pero ¿cuál es esa verdad que aquí apreciamos de manera tan singular?

Un pequeño secreto desvelado en nuestra plaza de Santiago es la verdad de su belleza estética, y su armonía, como conjunto arquitectónico. Esta conjunción armoniosa es el producto del sedimento de los buenos gustos, heredados a través de los siglos, por sus moradores. Hasta tal punto es así que, al igual que la famosa plaza de San Marcos de Venecia es considerada como "el salón de Europa", algunos autores quieren ver, en la nuestra, la plaza Mayor de todo el Aljarafe.

Miremos si no, hasta donde llega este arte secular. De las cuatro haciendas (Santa Bárbara, la Pintá, le del Marqués de la Reunión y la de Salinas) es esta última la única habitada en la actualidad, y en tan buen estado que se la conoce como el palacio de los duques de Salinas. Y es que esta hacienda cobra la categoría de palacio, precisamente, al poner la mirada de su fachada principal cara a la plaza de Santiago. ¿Qué otra hacienda de todo el mundo ha sido capaz de convertirse en palacio de una manera tan sutil?

Y ocurren lógicamente en este bello marco unos fenómenos extraordinarios para toda actividad artística. ¡Qué estampa más imborrable en el caminar rociero de Triana!

Desde Triana al Rocío
se hacen muchas paradas
pero ninguna es igual
que la que hace en la Plaza:
la Salve, de corazón,
el cantar de sus campanas
y el adiós a la Soledad
que dice adiós en su casa

y se queda con su Hijo
para esperar que Triana,
a la vuelta del Rocío,
otra Salve les cantara.
¡Desde Triana al Rocío:
CASTILLEJA CON TRIANA!

Y ¡cómo esas voces de tantos artistas, cobran sus mejores vibraciones tanto en la velá de Santiago como, cuando, convertidas en saetas, cantan rezando a nuestro Jesús de los Remedios y a su madre bendita!

Diecinueve naranjos, ni uno más ni uno menos, circundan su centro; y concentran a lo largo de todo el año sus sutiles esencias, preparadas para convertirlas en flores y aromas del azahar, destinadas a bañar con su olor a esas veneradas imágenes, cuando sucede el prodigio de la procesión primaveral.

Tuvo que zanjar el poeta, harto de que siempre se le dijeran las mismas cosas a la flor, "no la toquéis más, que así es la rosa" Pues, igualmente pienso yo: que nuestra plaza está tan rematada en belleza que me atrevo, como Plaza Mayor del Aljarafe que debe ser considerada esta plaza de Santiago, a desear y pedir, desde esta tribuna, de manera confiada y pensando en las nuevas generaciones que nos relevarán un día: ¡No toquéis esta maravilla, porque así es nuestra plaza de Santiago, de Castilleja de la Cuesta!

Quisiera centrar ahora mis palabras –ya llegados al punto de mi encuentro con este núcleo placeño de Castilleja– haciendo unas consideraciones acerca del significado que, al menos para este pregonero, tienen las advocaciones religiosas de nuestros amadísimos titulares; o, dicho de otra manera, por qué veneramos a la santa madre de Cristo, y al mismo Jesús de Nazaret, como Nuestra Señora de la Soledad y Nuestro Padre Jesús de los Remedios.

Tal vez, en la biografía humana de la Virgen, de cuyos retazos y momentos estelares nacieron las diferentes advocaciones marianas, sea este concepto de su soledad uno de los más destacables.

Estuvo sola, ella sola en su soledad, en dos circunstancias muy especiales y trascendentes; el Arcángel San Gabriel la sorprende sola cuando viene a anunciarle, nada más y nada menos, que el mandato de Dios de que engendrará en su vientre, de una manera portentosa y milagrosa, al Hijo del Hombre. Ella solamente era la elegida, entre todas las mujeres que habían sido, y que serían.

Dulce soledad entre tres debieron ser los años de crianza del Niño; soledad feliz, viendo hacerse hombre al mejor de los nacidos. ¡Cómo serían aquellos momentos entrañables junto a su hijo amado! Posiblemente, en su ternura, María olvidaría, en esas soledades compartidas, todo el sufrimiento que estaba preparado por nuestra maldad desde el comienzo de los tiempos para que, compartiéndolo después ese Hijo, así podernos redimir con su sangre derramada. Es hasta aquí el lado venturoso y amable, la vivencia dulce de unas soledades.

Todo va a cambiar desde el inicio de la vida pública de Jesús. María comenzará a degustar esa acidez amarga de la auténtica soledad. Soledades llenas de inquietudes, de presentimientos, de presagios. Soledades, qué duda cabe, que teñidas de dudas e interrogantes; también pasó por ellas María.

Y a mí me parece lógico que en dichos momentos, María, mujer especialísima, pero madre al fin y al cabo, acudiría a la esperanza, al beneficio de la duda. ¿Por qué no le pediría al buen Dios que el Cáliz amargo de la crucifixión no llegara a los labios de su hijo bienamado? Sería la única manera de que ese Hijo, Cristo, no llegara a su infinita soledad, y que jamás tuviera que pronunciar aquellas terribles palabras dichas en el Gólgota creyendo, en el último momento, que había sido abandonado por el Sumo Hacedor. Porque Jesús, sí, en efecto, hubo de sentir antes las terribles soledades de saberse abandonado y negado por sus propios discípulos, hasta por el más amado de todos ellos.

Y la densa, agobiante, negra soledad, después del Consumatus Est. Ahora, la Virgen está de verdad sola, con su enorme y amarguísima pena. Esta es nuestra María Santísima de la Soledad. Esta, nuestra advocación, llevada a la plástica por las artísticas manos de alguien que hubo de estar dotado de especiales sensibilidades artísticas y religiosas. Mirad su cara y comprenderéis todo el compendio jamás escrito sobre una sola palabra: Soledad.

Y miran ahora mis ojos, los de un cirujano avezado en rebuscar por entre las entrañas dolorosas de los hombres y las mujeres solución a veces imposible de la ciencia médica para sus males. Ante este Jesús me confieso, confiando solamente en esa ciencia y en esas manos humildes, incapaz tantas veces de llevar la curación a esa heridas del cuerpo y del alma. ¿Cuántas veces esa impotencia se enfrenta a la certeza de una lucha estéril contra una muerte cierta?

Y hay entonces que postrarse a las plantas de Nuestro Padre Jesús de los Remedios -que ya en su sepulcro es promesa auténtica de

resurrección y de vida; una vez consumado su sacrificio- y pedirle ayuda...

Parece que está dormido
mi Cristo de los Remedios;
pero yo estoy convencido
que Él sabe poner los medios
cuando perdido, le pido
que pueda vencer mis miedos.
Cuando, sin saber que hacer,
le imploro me dé consejo
y me olvido de volver
a aprender sus esfuerzos.

Muchos creen que está muerto
y cuentan en su figura
valores de imaginero,
ponderando la hermosura
de la talla de su cuerpo,
olvidando lo importante:
¡que el Cristo de los Remedios
es el refugio constante
de todos los desesperos
y el ejemplo redivivo
de ese grandioso Misterio
por el que Dios se hace hombre
para enseñarnos a serlo!

Tiene los ojos entornados
para verme bien por dentro;
de sus labios –escuchadlos–
surgen palabras de aliento
que animan a los cansados,
a los pobres, los hambrientos,
los solos, los marginados,
a los niños y a los viejos.
A los que, de tanto llamarlo,
pasan de largo, sin verlo,
o se equivocan de ruta
cuando salen a su encuentro.

Así, muchas veces y muchas de ellas ante el caso de un hijo suyo de aquí de Castilleja y de aquí de la plaza, le he invocado a nuestro Señor, con la certeza de que Él va a poner, y así lo hace, sus manos

sagradas sobre las mías. Jesús de los Remedios, dame esa confianza y fe y no dejes jamás de ayudarme.

Se habla mucho en Andalucía de ese intento de expresar en la mirada de una Virgen la ambivalencia del dolor y la esperanza. Pero la realidad es que pocas gubias escultóricas han sido capaces de plasmarla. Las manos de estos venturosos artistas han sido guiadas, qué duda cabe, por un hálito especial y un acendrado amor mariano. Pocos poetas, al mismo tiempo, han sido capaces de reunir ambos sentimientos tan dispares y contradictorios en la palabra impresa dedicada a una imagen de María.

Así, se presume en Sevilla que la Esperanza Macarena sonríe y llora a la vez; y de cómo parece cambiar su expresión a lo largo de la noche de su recorrido por la estación cofrade. ¡Y es verdad que ocurre algo así en el rostro de esa Virgen, yo, que tanto la quiero, os lo puedo jurar...! Pero...¿qué le ocurre a nuestra Señora María Santísima de la Soledad en dos momentos tan diametrales como son en la tarde del viernes santo o en la del domingo de Resurrección? Va la Virgen ese viernes transida de dolor, dolorosa entre todas las dolorosas, porque lo ha perdido todo y no tiene otra compañía que su inmensa soledad; porque está sola, aunque rodeada por el calor y el color de sus hijos que intentan acompañarla a lo largo y ancho de su procesionar. Pero, ¿no se atisba ya algo en sus ojos, en su mirada, en ese sagrado rostro, que nos está transmitiendo algo de su secreto olor a esperanza de resurrecciones? La Virgen de la Soledad está dolorosa en ese tránsito, pero a su alma están llegando ya latidos de contenida alegría en la promesa de un domingo en la gloria, que ya todos esperamos con la emoción reprimida.

De un hermano de la Macarena, del maestro Joaquín Romero Murube, quiero traeros esta prosa poética que parece haber sido escrita también para nuestra Soledad, porque a otra, la de San Lorenzo, la llevó él siempre dentro de su corazón y en sus labios enamorados. Así que, sin ningún tapujo, con la abierta verdad y emocionado, cual si de una enseñanza religiosa se tratara me atrevo a decir:

"Te besan todos los aires de la plaza. ¡Qué locos llegan hasta tu cristal! Vienen llenos de sol y de coplas, de colorines y piropos, de luces, de gritos y revueltas. A esta hora todo el barrio tiembla como asentado sobre un muelle de nubes, y se define y concentra en el repique de tus campanas, que engastan su dulce metal, fino y vivo, entre las flores del gran almendro pleno de la tarde.

A ti te busca mi larga mirada, perdida en la cordialidad delirante de las tardes decisivas. Los quicios de tus calles sostienen sobre aristas

de lirios, cortinas de sol espeso, bajo, que yo levanto para hallarte en el patio de tu casa.

Llora como una copla tu cara, y ríe. Cielo, campo, maceta, verde frescura del pozo, nana, alegría, dulce y primor; todo, Virgen, te lo trae el viento loco, fino, de tu barrio. Y lo pone, feliz, sobre tus mejillas, tus labios, tus ojos... ¡Y esta es tu alegría!

Pero, ¡ay!, este otro viento agrio, de la flor de la adelfa –noche, mayo mujer– esta dulzura de mis pecados, ¿no es también, Virgen Morenita, la que te llena la cara de lágrimas?

Tal vez porque este año tuve el honor de pregonar la llegada de los Reyes Magos de Oriente a este pueblo de Castilleja, ellos quisieron hacerme el mejor de los regalos, soñado y creído por imposible, y pedido siempre con la misma ilusión. Dos días antes de la celebración de la Epifanía recibo el comunicado de esta Hermandad de que se me concedía la venia para poder decir esta Exaltación que hoy pronunciamos. Como todos los sueños, este también me costó trabajo creer que se iba a materializar.

Acudo pues en esa fecha a la Casa Hermandad, dispuesto a recibir tan dulce y difícil carga sobre mis hombros y sobre mi espíritu. Todo cordialidad y felicitaciones, tal vez para quitarme un poco del miedo que sentía. Y, estando allí, recibiendo mis primeras lecciones acerca de muchas cosas que debería aprender sobre todo lo relacionado con aquello que habría de escribir, alguien propone, de manera totalmente casual, que fuésemos a la Iglesia de Santiago, para ver cómo estaba de bonita plaza, iglesia y Virgen, a la espera de la visita de los regios monarcas de Oriente, (escena en la que llegan al cénit sentimental y estético las "jornaítas", esas inigualables e inimitables jornadas navideñas de la Plaza).

Fue una suerte inenarrable, una experiencia envidiable, un momento transcendental en mi recorrer cofradiero y cristiano. Me sentí tal vez, y de una manera totalmente inmerecida, como un auténtico elegido.

Ya camino de la iglesia, pudimos ver una luna llena, justamente como si de un maravilloso globo celeste se tratare, encima de la torre, como pinchada en lo alto de su espadaña. Alguien abrió el templo a esa hora, ya de noche, y nada más hacerlo pude contemplar cómo la Virgen de la Soledad, sola delante del altar, nos miraba con una cara casi sorprendida, de mujer que no espera esa visita tan intempestiva. ¡Dios, y qué olor había flotando por todas las naves de la iglesia, proveniente de las frescas ramas de romero y juncias del belén!

Sola la Virgen allí, hizo que me abstrayera de todo entorno, y me atreví a acercarme a ese prodigio divino que se me ofrecía delante, tan

cerca y tan real como la magnificencia de una mujer elegida entre todas las demás, como la preferida por la mirada de un Dios Padre que sabe enseñarnos siempre la verdad.

Allí estaba, en esencia y en presencia, la verdadera madre de su Hijo bienamada, aún gozosa ante la espera de esos reyes magos que traerían el oro, el incienso y la mirra, como adoración y pleitesía al rey niño que había nacido. La Virgen de la Soledad bendita al lado de su hijo, del fruto de su vientre inmaculado, apenas recién llegado a este mundo para redimirnos.

Era su cara en aquel momento un radiante espejo de esperanzas sin asomo de rictus de tristezas. ¿Cómo esa cara se transfigurará después, llegado el tiempo de pasión, en dolorosa imagen transida de dolores, sobre todo llegada la consumación, en la tarde del viernes santo castillejano?

Mi mirada derramó algunas de mis inquietudes por el templo. Lo busqué y ...allí estaba Jesús de los Remedios, en su urna, algo distante, como si no quisiera que su madre percibiera el doloroso porvenir que habría de unirlos. Me pareció ver como aleteos de muchos ángeles en torno del sepulcro, revoloteando alegres para que en esos momentos María de la Soledad no mirara hacia el futuro que un día le anunciara el Arcángel emisario de Dios.

Entonces yo me atreví a musitar estas palabras: "Bendita tú eres, Soledad" y recordé el verso del poeta:

Si bella estás de pastora,
más lo estás de Soledad.
Y, si te visten de Gloria
nada iguala a tu beldad.
Si de Virgen de los Reyes,
yo te digo la verdad:
que ni la más bella rosa
se te puede comparar.
Eres un trozo de cielo
cuando estás en el portal,
y, si luces la "Grandiosa",
vestida de Soledad,
no hay cosa que se te iguale
ni en la tierra, ni en el mar.
¡Oh, Reina de Castilleja
y madre de esta Hermandad!

Decía hace unos momentos, refiriéndome a las gentes de Castilleja y especialmente a los de la Plaza, que se palpa y vislumbra un rancio abolengo en muchas de sus maneras y costumbres. La

historia no pasa en balde y deja siempre un reguero de cultura en los sitios por donde ha discurrido. Cultura es saber; y la mayor de todas las culturas es eso que hemos tenido abandonado durante muchos años y que ahora resucita con bríos bajo la denominación del "saber popular".

Y ahora, que vamos a hablar de dos ingredientes primordiales de la semana santa de Andalucía, de nuestra Semana Santa, como son la saeta y la música, tendremos ocasión de comprobar hasta dónde la madurez de ese saber de nuestro pueblo.

Es en el Adviento y en la Cuaresma cuando el pueblo, mediante los villancicos y las saetas, escribe y dice sus coplas, cantando y rezando al mismo tiempo los dos acontecimientos estelares en la vida de Cristo: su nacimiento pleno de alegrías, y su terrible pasión, buscando el final de la cruz donde se consuma el más grande misterio de la Creación para conseguir la salvación de nuestras almas. "Cuna y sepultura, como una lección desde la que se nos hace ver con sentido sobrenatural el mal físico y desde la que consideramos a esta vida como un río que va a dar a la mar, o como un valle de lágrimas, o como un camino de ida (nunca de vuelta), o como un sueño, o como un tiempo de merecer..."

En ambas ocasiones, Castilleja muestra su enorme y sutil sentido de la oportunidad y hace historia, incluso fuera de sus fronteras, con la fama alcanzada por sus coros de campanilleros, por el coro de nuestra hermandad. Letras, música y voces del pueblo, de verdad, que desde sus calles y plazas en esas noches navideñas dicen sus mensajes hacia los espacios siderales en honor del que ha nacido o está a punto de hacerlo ¡Hasta los hermanos fallecidos llegan sus voces en la madrugada, invitándoles en puro credo religioso de cuerpo místico, a la celebración que se va ha hacer en la Plaza de Santiago! ¡Cuántas veces, camino del cementerio, los he escuchado agazapado en el balcón de mi antigua vivienda en Virgen del Loreto con sus voces acompasadas en el dulce remanso de la noche ...!

Y, al llegar la Semana Santa, otra vez el pueblo hace vibrar su garganta y exprimir su corazón en esa expresión sin par e inenarrable de la saeta. Dentro de lo más hondo de su cante, late un lamento siempre en los pueblos de Andalucía que, cuando se hace cante en homenaje o protesta por los sufrimientos de su Dios humanizado, cristaliza en el milagro de la saeta.

¿Qué es la saeta?, se han preguntado las más doctas plumas de este país. Para José María Pemán "una especie de oración silvestre y espontánea con algo de copla, con algo de sollozo; es la cifra y compendio de la devoción andaluza". Para Domingo Manfredi "es una variante sacra, religiosa del cante hondo". El malagueño José Carlos

de Luna comprende que "en toda la liturgia de la iglesia no se halla música sagrada que, como ésta, conmueva a un pueblo".

Muñoz y Pabón –y en verso– así se expresa: ¡Saeta! / no hay otro nombre / con que mejor se defina / ese lamento que canta / o ese canto que suspira.

Francisco Villaespesa contempla a la saeta como pura eclosión anímica: ¡Y en azul del cielo bordado en oro, cual cohete de angustia de pronto estalla la voz desgarrada de una saeta! ...

Y ahora llegamos aquí, a nuestro pueblo, y escuchamos aquel piropo de Romero Murube "qué bien se cantan las saetas viejas en Castilleja de la Cuesta"...

Escuchadas en la plaza de Santiago, a la salida de la Virgen de la Soledad y de su santo Hijo del templo, en la procesión majestuosa del viernes santo, yo no puedo menos que, todos los años, acongojado el corazón, llorosos los ojos por esas llamaradas de dolor y esperanzas que salen del pecho de sus saeteros, mientras queda en sordina la música maravillosa de la banda de cornetas y tambores, que acordarme de aquello que parece que escribió García Lorca para esta bendita tierra:

"Sobre la noche verde,
las saetas
dejan rastros de lirio
caliente"

Curiosamente, y cuando nos vamos acercando en nuestro calendario devocional al viernes santo, es justo reflexionar acerca de un acontecimiento que siempre me ha subyugado. Mientras en la ancha planicie de la gran ciudad todo discurre en esa tarde hasta la lenta agonía del Cachorro trianero, que allí exhala su último suspiro de vida terrenal, en tránsito glorioso y como epígrafe bronceado de la pasión, aquí tenemos ya a Jesucristo descansando de tanto sufrimiento infringido por la culpa humana. Yace en nuestra hermandad Jesús de los Remedios, como en un dulce sueño de espera en la promesa.

A la par, es esa tarde del viernes santo, es toda la geografía pasional andaluza espejo de cansancios dentro de intimidades cofrades. Está acabando la Semana Mayor de nuestros pueblos y ciudades, mientras agoniza un poco nuestra concepción estrechada en siete días de los acontecimientos cenitales de nuestra fe. El espíritu está también en todas partes mortecino, y algo cansado, necesitado de un descanso reparador, a la par que dolido por saber que la última cuenta de arena va a cerrar en el reloj devocional todo un ciclo.

Sin embargo, aquí, en Castilleja de la Cuesta, todo parece lo contrario. Todo está preparado y ansiado al mismo tiempo para el

culmen de la espera de la plaza de Santiago. Hay tanto amor, sensibilidad y fervor, aguardando el momento de la cofradía, que se hace difícil la espera última. Esencias, guardadas celosamente en los comportamientos de años y años de expresiones cofrades, están dispuestas para el rito: se trata de acompañar a la Virgen, de no dejarla sola en su soledad, mientras se le reza al Señor llorando su muerte, y pidiéndole que se cumpla todo lo escrito y que pase el cáliz amargo de su ausencia pronto.

Y la gente de la Hermandad de Santiago, y todos los de su plaza, se preparan, domeñando el nervio y la ansiedad, por tener en la calle a sus veneradas imágenes, como si del único día de la Semana Mayor se tratara, como sabedores de que la espita de sus creencias se va a abrir como un muestrario devocional.

Castilleja mira fijamente a lo que va a ocurrir en esta cofradía, y nosotros nos aprestamos a vivir este viernes santo con estas estrofas: "En el espectro de luz / están todos los colores, / y en el rojo de la cruz / que es signo de esta hermandad / están todos mis amores, / ¡Virgen de la Soledad!"

Y llegamos por fin a esa tarde presentida, tarde de culminaciones como ya hemos intuido. Todos los corazones y todas las biografías están pendientes de lo que va a suceder en Castilleja. Todos los sentimientos confluyen, como los vasos sanguíneos, al corazón del pueblo, que es la Plaza. Porque la plaza de Santiago, una vez más, llena de espiritualidades seculares, va a marcar el latido cofradiero de la villa. Ahora van a salir en procesión, como una lección de amores y respetos, el Santísimo Cristo de los Remedios y Nuestra Señora de la Soledad. ¡Hasta las campanas de la iglesia parecen incontenibles en su gozo, como si resonaran más ligeras, como si el tañido se hiciera especialmente efímero y raudo!

Hay dentro del recinto de la plaza todo un compendio generacional. Desde los inquietos niños, ansiosos de ver a sus nazarenos, hasta la abuela, que nada más que hace visionar antiguas tradiciones ya periclitadas. Madres que esperan el estreno de la túnica que primorosamente ha planchado para su hijo o hija; y la más antigua, conservada como una reliquia, de su esposo. Hay segundos de ausencias, y de, recuerdos de algunos que ya faltan. Ellos ya están en la gloria, en ese balcón rojo que hay en el cielo para los buenos de la Plaza.

Tres puntos vitales son las coordenadas de todas las miradas: la puerta de la iglesia, el reloj, y la banda de cornetas y tambores, que de vez en cuando desgrana alguna asonantada nota recordando un punto culminante de la música. Desde la esbelta y risueña torre, desde su campanario, vuelven a sonar también las estrofas musicales de ese

avemaría, que cada cuarto lanza a los cielos de Castilleja durante todo el año.

Resuenan los goznes del portal de la Iglesia. Todo se hace un solo silencio y una sola respiración; casi se oye el pulso de la brisa contra los naranjos en flor... Ya están en la puerta los primeros hermanos y hermanas nazarenos. Sus hábitos de terciopelo negro, con la roja cruz de Santiago en sus antifaces, y a la altura de sus pechos, señalan ya seriedades y enjundias. Y, mientras desfilan majestuosamente por delante de la fachada del Palacio de Salinas, yo ya estoy pensando en esos costaleros que, en sus trabajaderas, templan músculos y fe. A ellos les digo en estos momentos lo que, en persona, tuve la oportunidad de recitarles hace dos años:

Si alto honor es llegar
en Sevilla a costalero,
en esta plaza ideal
estáis más cerca del cielo
llevando a la Soledad
y al Cristo de los Remedios.

Sin que resuene una queja
de músculo o corazón,
sin que llevéis antifaz,
¡se siente aquí Castilleja!,
pues cuadrilla y capataz
sois capaces de llevar
a son de saeta vieja,
recio sabor de lo añejo
convertido en ritual,
al Cristo de los Remedios
y a su madre: Soledad,
para que sepa todo el pueblo
lo que vale este costal!

Por ello, aquí, costalero
Jesús arriba, tú debajo
y ambos en dura penitencia
el cuerpo hace el trabajo
y el corazón la conciencia.
Mas, ¡qué consuelo a tu dolor,
que llevas al Redentor
a tu paso y tu cadencia
como en una bella oración!.

Y hay un pago aún mayor:
al llegar el viernes santo,
con vuestra fe y esperanza
portáis a la Soledad
de la iglesia de esta plaza
con lección de humildad,
de luz, amor y templanzas...
De todos los costaleros
en apretada gavilla,
por rezos, amor y sudores,
sois sin duda los mejores
costaleros de Sevilla.
Os digo de corazón,
aquí, dentro de la plaza
sentido verso de amor:
¡Capataces, costaleros,
benditos sean esos pasos
que de costero a costero
van haciendo el llamador
de Castilleja en el cielo!

Al son de la Marcha Real, interpretada con todo el cariño y reverencia por su banda de cornetas y tambores, aparece, por fin, el paso de cristo, que transporta en lo alto, dentro de su sagrada urna, el cuerpo yacente de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro. La plaza está ya embebida en el éxtasis penitencial y, por un momento, mira, como una sola persona, a ese Cristo suyo, y le dice con voz temblorosa:

¡Padre, Jesús, qué compendio
en belleza y armonía,
que ni tu dura agonía
ha borrado de tu cara
esa mirada divina!
¿Duerme?. Reposa en su lecho,
en su urna de cristal
su cuerpo ¡qué humanidad
tan perfecta en sus medidas!
Canon de Cristos yacentes,
descansa ya padre mío
que en tu gloria, con tu muerte
tu plaza quiere mecerte
como al hijo más querido.
¡Qué belleza, qué portento,
no parece obra humana,
mi Jesús de los Remedios
cuando te mece la plaza!

Y Jesús avanza entre el gentío muy despacio, lentamente, como queriendo decirles a todos que esperen a su madre dolorida; que ella ya viene detrás suya. No quiere Jesús que le digan a él piropos, que los dejen para su madre, Nuestra Señora de la Soledad; que es ella la que está ahora sufriendo su pérdida querida. ¡Dejad todo vuestro amor para Ella!, parece decirnos, mientras su cuadrilla, en larga chicotá, rodea ya la plaza camino del arco y... y los primeros nazarenos con capa y túnica blanca aparecen en el pórtico de la iglesia anunciando la venida de la más pura de las mujeres. La tarde del viernes santo se llena de atmósferas diferentes en el difícil esperar de verla salir a Ella. Se contienen, a duras penas, las emociones; y todo el pueblo desea tan sólo tenerla más cerca, para poderle decir lo que la quiere, lo que la adora... y, sobre todo, que no quiere que esté sola en su soledad su virgen...

Parece, como dijo el poeta, que "una quietud de flores y de pájaros hace surgir la noche por los aires; /una tristeza pura, más que

humana, / va serenando el ritmo de la sangre, / y nos avisa un eco de la muerte.../ Y se oyen las palabras de los ángeles".

Prendido su palio entre las bocanadas de incienso, mientras suena la Marcha Real, va saliendo lento el paso; milímetro a milímetro se va configurando todo él como preparando a nuestros ojos para que nos atrevamos a mirar hacia Ella, y ver su cara, y poderle decir, desde el corazón, este saludo: "Si el dolor se hiciera rosa / y la pena claridad / nacieran de tus mejillas, / ¡Virgen de la Soledad!

Y, al pasar a nuestro lado, tan solo resonando el abaniqueo de las bambalinas sobre el aire plácido de la tarde, me atrevo a decirle a Nuestra Señora: "Eres flor del viernes santo / y estrella del parasceve / y, dentro aquí de tu plaza, / pura luz iluminada / por tu sonrisa tan leve. Quiero acompañarte en la pena / buscando en mi añoranza / saeta sencilla y breve: /"Te canto a ti, Soledad, / cuando cruzas por tu plaza / y dice mi corazón: / contigo voy, en verdad, / comprendo tu encarnación / toda llena de esperanzas. / Ve sola en tu soledad, / mi corazón te acompaña / llenándose en tu dolor / cuando cruzas por tu plaza / inundándola de amor.

Madre de la Soledad / se despojan los naranjos / para ofrecerte su flor,/ la azucena, su blancura / y las rosas, el color.

Pero, de todas las advocaciones de la Soledad que conozco, es esta Madre Dulce de Castilleja distinta, como lo son sus fieles hijos amados de la plaza de Santiago. Es verdad que aquí, pasando la Virgen por sus calles, podemos decirle también a Ella: "Sin consuelo tu piedad / la pena te va ahogando / Madre de la Soledad" y ese otro verso sentido "Pide clemencia al mirar / con tu pena desgarrada, / amor de madre callada / Virgen de la Soledad". Podemos añadir: "Con tu hermosura nos guías, / tu cara es un lirio blanco, / y con tu pena suspiras, / llevas el dolor y el llanto / de la Soledad, Madre mía".

Porque en la plaza la Virgen, queriéndolo, no está sola, porque no la dejamos de esta manera:

Aún sola en su soledad
cuando cruza por su plaza
la virgen sola no está.
Porque su gente le aguarda,
porque su gente le canta,
y su gente llorará,
al tiempo que le acompaña.
Saetas en los balcones,
olor de azahar en la plaza
y, por los cuatro rincones,

silencios o alabanzas,
mientras la Virgen avanza
rompiendo los corazones.
Detrás siempre de Jesús,
que yace en blando sepulcro,
reposando de la cruz,
viene esta Virgen en su pena–
rompiendo va las cadenas
con su mirada de luz
y su carita morena.–
Virgen de la Soledad:
¡tu nunca estarás sola,
porque quien te canta ahora,
y, dentro de su humildad,
te promete acompañar
tu pena y tu alegría,
pues eres Virgen María,
Señora de Soledad,
la única que es capaz
de aliviarnos la agonía,
hora a hora, día a día,
de verte siempre llorar.

Ha ocurrido ya el milagro y, mientras la Virgen viene de regreso, por la calle Convento, podemos contemplar cómo se cumplen aquellos versos populares:

Queriendo secar tu llanto
los luceros te besaban;
las estrellas se encendían,
y, hasta el aire se paraba,
para hacerte compañía.

Y, al acabar el éxtasis, cuando se ha producido la catarsis de sus hijos, yo quiero despedirme de la Virgen, antes de entrar en su templo:

El domingo de mañana
el llanto será un recuerdo
en tu alma ensangrentada.

Dejémosles solos a Jesús de los Remedios y su santa Madre María de la Soledad. Juntos van a esperar la llegada del tercer día, en que se prometió la Resurrección; tomemos un descanso breve en

nuestro peregrinar, mientras nos disponemos a vivir la gloria, hecha milagro bendito, en este calvario aljarafeño.

El domingo ese, presentido, y su mañana, han llegado para enjuagar el llanto que ya es recuerdo para nuestra Virgen. La Resurrección estalla, eclosiona, en estas altas tierras de una manera particularísima. Castilleja se hace alma despierta y, de ella, su plaza, se dispone a manifestar jubilosamente la buena nueva de que Jesús ha resucitado.

Y lo primero que hace la Hermandad es llevar al Santísimo Sacramento –Dios vivo entre nosotros– en solemne procesión, en un acto religioso que compendia todo el saber secular de sus gentes una vez más. Primero, la devoción... Y después: ¡la gloria! La vuelta, inenarrable, llevando al Simpecado en la carreta más bonita de todo el Aljarafe. Los colores rojos de Santiago dominan por todo el pueblo, y la gente de la plaza se lanza a la manifestación más auténtica que jamás hemos visto. Todo es gozo y alegría en esa vuelta, que siempre nos sabe a poco. Todo es hermandad y desprendimiento. Cornetas y tambores conviven con las primeras notas de las sevillanas, y todos los hijos de la plaza de Santiago experimentan un reencuentro con sus raíces populares heredadas en la tradición más pura y alargada. El sol se ha hecho fuego de amistades en esta mañana en que todo está preparado para mostrar el honor y la gloria de tener otra vez a Cristo entre los placeños. La Madre, sonríe, por fin, sabiendo lo que le espera a Ella en particular cuando llegue la tarde de delirios y gozos incomparables. ¡Bendita sea la plaza, bendito el color que Dios le ha dado...!

Y, por la tarde, el broche de oro lo pondrá la procesión de gloria de Nuestra Señora de la Soledad, con el milagroso cambio que se ha producido en su cara, que ahora irradia luz y alegría, derramándolas entre sus hijos. Las marchas triunfales acompañarán al paso sin palio, para que los ángeles del cielo vean a la Madre caminar por entre la gloria de sus gentes...

Llegados ya al final de nuestro peregrinar cofradiero, este pregonero, agradecido y emocionado, quisiera, aprovechando este momento entrañable de convivencia y hermandad, vivido como tan solo saben hacerlo las gentes de la plaza de Santiago, lanzar, desde la modestia de mi palabra, un mensaje a todos los que amamos y veneramos a nuestros titulares. Ha sido éste el último pregón dado antes del próximo milenio. Ese cambio importante del relevo de los siglos trae siempre consigo temores y esperanzas; siempre ha sido así, a lo largo de la ya dilatada historia de la Humanidad.

Los cristianos no debemos tener miedo a nada nuevo. Jesús nos llamó siempre a nuestra unión, como fortaleza ante el peligro. Y esta

Hermandad, así se lo pido al buen Apóstol Santiago en su año jubilar, tiene el reto –y el mandato– de unirse más que nunca, junto a la fe en Nuestro Padre Jesús de los Remedios y su sagrada madre, la Santísima Virgen de la Soledad. Todos, como una piña, atravesaremos esa frontera milenaria; siempre, fuertes; y unidos en el culto y tributo del amor a estas imágenes que, siglo a siglo, ha sabido perdurar para dar ejemplo a todo el pueblo de Castilleja. ¡Que Nuestro Señor Santiago consiga atar ese vínculo sagrado de nuestra unión! ¡Viva la Hermandad de la Plaza, más unida que nunca! HE DICHO.

UNIDAD Y ALEGRÍA

Al llegar esta mañana
de guardia del hospital
estaban en mi ventana
tocando lo que es tocar
la mejor banda del mundo,
que es la de esta Hermandad.
Y es bueno en la Hermandad
todas las celebraciones
que le sirven para aunar
a todos los corazones
que la quieren por igual.
La voz de este pregonero
–que gracias de nuevo os da–
quisiera ser lo primero
que os venga a expresar:
hermanos, el asentamiento
en una sola unidad,
para que todos, unidos,
estemos en la Hermandad.
Tenemos a Jesucristo
que, en su urna de cristal,
es Jesús de los Remedios
y sus medios nos dará.
Y, como queremos a porfía,
a nuestra Virgen María,
llamada aquí Soledad,
con esta unión, los placeños,
la más grande alegría
le podremos aportar.
Y, después de esta llamada,
deciros que estoy contento,
y hasta algo abrumado
por permitir que mi mano
pusiera a ese portento
de la Virgen esta mañana
su nombre sobre su pecho:
SOLEDAD, una palabra
que, desde el día de hoy,
está grabada en mi alma.
A esa Virgen tan bonita
le pido con voz muy alta
que vele por los anhelos
de sus gentes de la Plaza.

AL CORO DE MUJERES DE LA HERMANDAD DE LA PLAZA DE SANTIAGO

Como trinos de jilgueros
llegan voces femeninas
a la Virgen que más quiero,
a mi Soledad Divina.

Coro de voces bonitas
que cantan de corazón,
llevando al Hijo de Dios
saetas del corazón–
sin cortapisas por medio–
a Jesús de los Remedios
y a nuestro Santo Patrón.

Benditas voces que alcanzan
la grandeza de la Plaza
cantando, siempre en verdad,
a la Reina de esa Plaza:
¡Señora en su Soledad!